

## DE CRONOS, POLÍTICA Y BUEN SENTIDO 1972-1996: un modelo para armar

Ricardo Cicerchia

**Ricardo Cicerchia:** historiador argentino, miembro del Instituto de Historia Argentina y Americana, Dr. E. Ravignani, Universidad de Buenos Aires, especialista en temas de familia; ha publicado numerosos trabajos sobre historia social e historia de familia: autor de *Historia de la vida privada en la Argentina*, de próxima aparición.

**Palabras clave:** historiografía, periodización, América Latina.

Rigurosos, la visión de los observadores contemporáneos, en nuestro asunto, protagonistas, es el último peldaño de una escalera de interpretaciones, que baja en dirección al suceso. Su primer peldaño es el sistema de referencias de la narración histórica, que no puede ser independiente del horizonte de expectativas sociales. En mi caso personal, la cronología de NUEVA SOCIEDAD confunde todos los planos. Actor, cronista, historiador. El escenario, los avatares de un oficio a la defensiva, la obsesión por el poder político y la búsqueda del buen sentido. Pero vayamos por partes... Había una vez la idea de toda la Historia. Estructuras, coyunturas y acontecimientos sincronizaban en un perfecto mecanismo de relojería cuyos secretos sólo se revelan a la ciencia de la sociedad. Una ambición holística que explicaba y sujetaba la universalidad. Luego vinieron los sistemas mundiales, los números, las series y las curvas.

### El problema

Hoy, tal vez más que nunca, esa Historia conquistadora se encuentra en retirada; el santo oficio de la memoria reexaminado. La seducción estructuralista y la magia de los procedimientos galileanos de la cuantificación ya no sostienen este tipo particular de narrativa. La pluralidad de pasados ha desnudado el escaso valor de proposiciones de verdades únicas, absolutas. El *métier* reclama con urgencia un cambio de objetos de estudio y importante aún, la incorporación de dimensiones subjetivas al análisis de los mecanismos que regulan las estructuras sociales. Se impone una mirada moderna sobre los saberes que los actores –limitados por los recursos culturales de época– desplegaron con visión y utilidad.

La totalidad social no implica ninguna vida autónoma por afuera de lo que involucra. Se produce y se reproduce a través de sus historicidades particulares.

La vida social es una selección, yuxtaposición, aglomeración de la cooperación y el antagonismo de sus elementos. Sistema y particularidad son recíprocos y sólo pueden conocerse en su reciprocidad.

La historia, como el conjunto de las ciencias sociales, está abandonando el paradigma de la universalidad. Lentamente parece recorrerse el sendero indicado por Habermas en torno a su propuesta de solución epistemológica que hace de la cuestión universalismo-particularismo y objetivismo-subjetivismo el fundamento de cualquier teoría social.

### La herencia

Sin embargo, el discurso científico latinoamericano sobre lo social, titubeante, timorato, ha sido afectado de manera decisiva por la impronta que la política ejerce sobre el pensamiento contemporáneo afectando la naturaleza emancipatoria de la reflexión y aún de la acción. En estos términos está planteada la conexión de la lógica de la investigación con la lógica de los discursos formadores de la voluntad común.

Es posible observar que mientras se intenta eludir las consecuencias de las pretensiones universalistas, la narrativa histórica, así como lo ha sido la acción social, sigue atrapada por la sombra de la tradición del pensamiento político. Y la política, como expresión que se refiere a la totalidad de la vida social, es ideología,

Un verdadero espectáculo: la permanencia solidaria hacia una obsesión en el momento exacto de su derrumbe, entre sus despojos, como una forma de hermenéutica que se hace extensiva a casi todo el accionar progresista contemporáneo de la región.

Las cronologías son muy valiosas. Modestos pliegues de memoria que ayudan a la conciencia. Y fue un placer –cargado de emociones–, imaginaria. Un acierto. Pero imponen rasgos, orden, jerarquizan eventos, fragmentan la realidad. Un trabajo que, como desafío de nuevas lecturas sobre las experiencias sociales, está indefectiblemente destinado al fracaso. Una limitación. Los últimos veinticinco años latinoamericanos y caribeños aún forman parte viva del presente de nuestros pueblos. Una comunión de sensaciones cercanas; de miradas todavía poco renovadas que cercenan el ejercicio de la imaginación... y la tiranía de lo político que organiza. Un obstáculo.

Los historiadores no estamos en condiciones de explicar sucesos a partir de condiciones suficientes, en general nos limitamos a señalar una serie de condiciones necesarias. El «juicio histórico» entra en juego cuando los eventos o agregados complejos que como tales no pueden ser subsumidos bajo la ley de un episodio, se someten a su descomposición. En otras palabras, nunca se pueden tratar los eventos como si fuesen un todo único, sino como una serie de

partes constitutivas, y esto pasa aun con las cronologías. Uno de los objetivos es mostrar por qué esos componentes estaban hechos presentes; y este fin sólo puede conseguirse a la luz de supuestos generales concernientes a las condiciones que permiten su presentación. ¿Una excusa? Quiero decir, el evento, inclusive aquellos de carácter colectivo, vienen controlados en gran medida por tales supuestos generales. Su selección, delimitación y desarrollo dependen en gran parte de la concepción general acerca de las variables sociales básicas. Los componentes que la historia distingue de un suceso, cuando trata de explicar por partes su ocurrencia, son también justamente aquellos cuyas condiciones determinantes vienen especificadas por las generalizaciones que normalmente se aceptan de tales componentes. De esta forma son esos determinantes los que frecuentemente se trata de descubrir en alguna efectiva configuración histórica que tuvo lugar con anterioridad o simultáneamente al proceso. Los puntos de vista selectivos anteceden ya a los supuestos probabilísticos acerca de la conexión de unas determinadas variables con cada uno de eventos, y por lo tanto no se someten a comprobación. Aquellos puntos de vista pertenecen ya a las «interpretaciones generales».

La narrativa histórica establece una relación entre sucesos y condiciones necesarias para la ocurrencia de ese evento. Esta no tendría ningún sentido, si ese sistema de condiciones no pudiera ser aprehendido de alguna forma, aunque sólo sea en términos globales. Los historiadores toman una primera decisión con la delimitación del sistema dentro del cual se busca condiciones necesarias. Entonces «eligen» la situación global fuertemente determinada por las «interpretaciones generales» de las que hablábamos. Esa situación global para la región fue, y sigue siendo, la jaula de la política. Con el agregado, para la disciplina, que durante mucho tiempo la historia política y su obsesión por el *volkgeist* han contribuido a configurar una pesada matriz historiográfica.

Por todo esto no he querido reescribir estas historias como presente político, pero soy consciente de que la voluntad no es suficiente. La lógica política y de una concepción del poder marcaron estos tiempos: Utopías y terror conservador (1972-1980); *Democracia en América Latina y el Caribe: la vida frágil* (1981-1989); y *Democracia, Ajuste económico y globalización* (1990-1996). Ciertamente se trata de un trascendentalismo peculiar que asocia la intención epistemológica con la intención práctica de acercamiento hacia una comunidad de lectores. Sé que tampoco se puede proceder a espaldas de la inmanencia de lo existente. Lo que ocurre es que la misma contundencia de este sesgo provoca incomodidad. Y esta es una confesión.

Me gustaría –y sería justo– concluir anunciando, a manera de símbolo: «Ecuador se pronunció hoy en referéndum por la destitución del presidente Abdalá Bucaram, decidida el último febrero con cargos de *enajenación* mental». Un réquiem que sin embargo reafirma el empecinamiento de una manera de entender la vida social.

La región está hundida en niveles de miseria intolerables, y la crisis económica global, a pesar de los maravillosos cuadros macroeconómicos, provoca, por su brutalidad, efectos de pánico y de desequilibrio mental en distintos ámbitos. El proceso de reformas económicas que los países de la región han puesto en marcha en los últimos años comienza a dar sus frutos. Se abatieron los procesos inflacionarios, se ha recuperado el crecimiento y ha retornado la confianza de los mercados de capital. Pero lo empírico es poco apto como principio de moralidad, advertía Kant. Sabemos que más del 45% de nuestra población vive en la pobreza, de todo tipo. Los ricos y famosos disfrutaban, el desencanto reina.

En el transcurso de los últimos años, a medida que se degrada la situación, aumenta el número de los excluidos, de los abandonados por la crisis, y se multiplican las supersticiones. El azar reemplaza al trabajo honesto. y la charlatanería y la ambición a la función pública. Poner en guardia a los ciudadanos contra los riesgos políticos de una época de miseria cultural, no es original, ya lo hizo Thomas Mann por los años 30.

Pero más que las tradiciones historiográficas o la contundencia de la realidad, es en la estructura M pensamiento de lo político donde hay que buscar la causa de tanta frustración. Incluso el discurso político democrático y progresista es una palabra que no ha adquirido el valor de la responsabilidad pública. Ha oscilado entre lo obvio y lo tradicional, para dar lugar a la incontinencia, la frivolidad y la prepotencia. Oficialismos y oposiciones bailan la misma melodía. La lección del pasado, si es que existe, es la agonía de estas formas de pensar y ejercitar el poder político.

Desde hace algunos años, es la búsqueda de los «problemas vivos», guiada por una renovación epistemológica, la que ha intentado nuevos cosmos históricos. Dicho de otra forma: rastrear los caminos por los que ha andado el espíritu de la libertad. Historias, como gustaba decir Norbert Elías, capaces de producir una observación y reflexión no ficcional de la conciencia de sí. El resultado, hoy por hoy, es magro. Por mucho tiempo, la imposibilidad de la duda ha ahogado importantes cuestiones. Socialismo, democracias y dictaduras han dominado las claves del entendimiento de lo social. Esto es cierto y nuestra generación ha encarnado tales dilemas. Pero también es cierto el retrato parcial que proponen. Las tentaciones son múltiples. Desenlaces inevitables que obligan los modelos, excepcionalidades que sólo se someten a las teorías pendulares, o peor aún, cuestiones irresueltas en la relación cultura-naturaleza. Hubo, hay, corredores de historias importantes, genuinas, sentidas, que demora esta lectura. Las historias de negociación cotidiana, los avances y retrocesos culturales, las voces más profundamente oprimidas, los combates por la dignidad. Aunque instalados por derecho propio en el sentido común de la gente, siguen a la espera de su lugar en la memoria colectiva... ¿Es esto inevitable?

## El desafío

Los historiadores debemos enfrentarnos con un plexo de sucesos que vienen mediados por las intenciones de los sujetos-actores. Deberíamos partir del sentido que subjetivamente dan éstos a su praxis, de los contenidos semánticos legados por la tradición. En ellos se articulan la autocomprensión de los mundos sociales de la vida y de las biografías individuales,

Por esto, el sentido común, más que las concepciones generales dominantes, cumple un papel protagónico en la conformación de las prácticas sociales de una comunidad. Sentido común como expresión de ambiente cultural, mentalidad, legitimidad e innovación. La historia, salvo honrosas excepciones, ha tenido una mirada esquiva a tal fenómeno, y en el caso de la región, creo, por la obsesión particular sobre la cuestión del poder. Lejos del romanticismo o la ingenuidad, no se trata de homologar todo. Esta otra perspectiva asigna a cada estrato social un sentido común que es, en el fondo, la concepción más difundida –entre los pares– de la vida y la moral. Un agregado de representaciones disímiles capaz de identificar lo simple, pero sobre todo, lo práctico y convertirlo en hábito social. Si los contenidos del sentido común de una época son transmitidos por las normas, las costumbres y el lenguaje, es la misma experiencia social la que concreta, lo que Gramsci llamaba, el «núcleo del buen sentido».

Este núcleo es el modelador de un sentimiento de autoconciencia y del despliegue activo de esa experiencia nunca desligados de las fuerzas sociales. Por excepcional que sea el sujeto, por fragmentada que se encuentre la fábrica social, el sentido común que opera sobre la conciencia de los individuos es siempre una construcción material y cultural condicionada y condicionante. Cómo es posible recapturar ese sentido cuando la misma política –me refiero tanto a la acción como a la estructura de pensamiento– se aleja más y más del interés general. Las herramientas a disposición se nos hacen inútiles, forzadas, prejuiciosas. Se trata de conceptos históricamente enraizados y que no es casualidad que fueran «diseñados» para el análisis del peculiar tránsito histórico de la sociedad latinoamericana contemporánea. En orden a cobrar mayor amplitud y justicia, estos conceptos deberían comprender, en el nivel de abstracción que les es propio, toda la gama de la experiencia histórica en sociedad en vez de particularizar algún rasgo dominante. La totalización del marco de referencia: la dominación de la política, propuso, y aún hoy propone, el dogmatismo. Una formulación heurísticamente interesante pero estéril por su insostenible pretensión de universalidad.

Si es cierto suponer que la narración histórica en general actúa produciendo nuevos nexos que bajo una retrospectiva pueden ensamblarse en una historia ulterior, con lo cual se cumpliría la premisa de que toda descripción definitiva y completa se vería sometida a revisión, entonces debería ser posible contribuir a

la configuración de otro horizonte de expectativas. Por esto mismo, un acontecimiento soberbio y desesperado, el desafío de una historia cultural de la sociedad latinoamericana contemporánea, debe inaugurar con urgencia el intento de un nuevo tipo de relato histórico: la simple reconstrucción de las diversas experiencias sociales. Este reto impone a su vez, un renovado compromiso con la especificidad de la narración histórica. La vocación de conocimiento y las operaciones particulares de la disciplina –construcción y tratamiento de fuentes; producción de hipótesis; observación crítica y verificación constituyen su legalidad científica. Esta es su, única y excluyente naturaleza. Sólo la honestidad y el estilo quedan sometidos al talento del artesano.

La unidad de la historia viene fundada por la identidad de un horizonte de expectativas, que también le es imputable. La narración no hace más que informar de los cambios de estado producidos bajo la influencia de interpretaciones globales que se presentan en el mundo social y cobran significación para la vida de las personas. Los sucesos que aparecen en la narración constituyen, por así decirlo, indicaciones que se hacen a los destinatarios para que expliciten el mencionado plexo de sentido, a partir del cual puede hacerse comprensible el proceso histórico.

En el caso que nos ocupa se trata apenas del deseo de otro tipo de relato, para el 2021. De exploración de esos núcleos del buen sentido que organizan la historia cultural de nuestras sociedades. Sabemos que en el clima actual de anemia cultural, y mientras vemos resurgir los peores instintos humanos, enmascaradas circulan las fuerzas reaccionarias. Permanecen al acecho de las decepciones de todos los órdenes que un neoliberalismo descarnado no deja de suscitar. Abandonar la política, aun ésta, es riesgoso. Pero las próximas utopías deberían ser de naturaleza cultural.

### **Una conclusión**

La historia, o cualquier ciencia social, no puede ignorar que en los supuestos básicos de sus teorías penetra indefectiblemente una precomprensión de los procesos sociales. Esto puede facilitar la identificación de sistemas sociales, pero cuando se sostiene en un absoluto, los vacía de dinámica, oculta actividad social, hace invisible innumerables actores, restringe el registro. Pues los valores culturales hegemónicos no sólo sirven para el gobierno del sistema social, sino que dentro del sistema social actúan también como metas no sujetas ellas mismas a reflexión. Si de aquí en más las cronologías cumplieren el noble objetivo de narrar historias ordinarias, identificar experiencias, descomponer hegemonías, estaremos resolviendo como sociedad la pesada carga de una manera de entender la vida de los pueblos. Se trata de describir el paisaje y sus reglas, pero sobre todo, develar el conjunto de acciones que ayudan a comprender la «densidad» misma de nuestras comunidades. Punto de partida de una reconstrucción mucho más genuina del mundo de la vida. La denuncia de un nuevo pensamiento de sentido común, de una etapa

comunicacional que posibilite la actualización del debate sobre el interés público; y porqué no, tal vez, de una *política punto cero*.